

APROXIMACIÓN A LA SALVACIÓN EN SAN AGUSTÍN

¿Qué es la salvación? ¿Necesitamos ser salvados? ¿Por qué? ¿Cómo nos salvamos? Incluso desde la fe estas cuestiones son difíciles de responder de un modo comprensible para la mayoría de la gente. También san Agustín se pregunta: “¿Cuál es la salvación de Dios?” Y responde: “Cristo Jesús” (*Comentario a los Salmos 49,31*). Según él, lo específico de la noción cristiana de salvación es la persona de Jesucristo, «*porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos*» (Hch 4,12).

La salvación es un tema transversal en los escritos de san Agustín. Su visión del mismo deriva directamente de su propia experiencia personal, narrada en las *Confesiones*. Después de evocar ese contexto vital y literario, estas páginas ofrecen sólo un pequeño resumen de las imágenes y de los principales títulos que él emplea para presentar la mediación salvífica de Cristo.

1. Experiencia vital.

Entre las posibles claves de interpretación de la condición humana que ofrecen las *Confesiones*, la perspectiva histórico-salvífica resulta especialmente fecunda. En su «reflexión orante sobre el hombre» (P. de Luis) san Agustín contempla, reflejado en su propia vida, el grandioso designio salvador de Dios como un proceso que comienza con la misma Creación (“*formatio*”), se frustra con el pecado y sus consecuencias (“*deformatio*”), es reparado por la obra redentora de Cristo (“*reformatio*”) y avanza hacia su consumación final (“*transformatio*”).

1.1. Formación

Para san Agustín el plan divino de la salvación no lo desencadena el pecado, sino que tiene su origen en la obra creadora. La misma creación es salvífica. Al comienzo del último libro de las *Confesiones* escribe san Agustín: «Previniste todos mis méritos buenos para premiar a tus manos, con las cuales me formaste. Porque antes de que yo fuese, ya existías Tú, ni yo era algo para que me otorgases la gracia de la existencia» (*Conf.* 13,1,1).

La misma obra creadora tiene ya una inequívoca impronta cristocéntrica y salvífica. Hemos sido hechos *imagen de Dios* en Cristo, “*primogénito de toda criatura, por quien fueron creadas todas las cosas*” (Col 1,15-16). Solo en Dios, que nos ha creado gratuitamente, halla la criatura humana su verdadero gozo, su grandeza y su verdad. “Di a mi alma: *Yo soy tu salvación* (Sal 34,3)” (*Conf.* 1,5,5).

1.2. Deformidad

En los libros 2-4 de las *Confesiones* san Agustín narra la experiencia fracasada de su deseo de placeres, de la verdad y de glorias humanas. Después de leer el *Hortensius* de Cicerón, que despertó en él el deseo de los valores del espíritu, san Agustín confiesa cierta insatisfacción por no haber encontrado en esa obra el nombre de Cristo porque “este nombre de mi Salvador, tu Hijo, lo había

yo, por tu misericordia, bebido piadosamente con la leche de mi madre” (*Conf.* 3,4,8). Por ello, con determinación se puso a buscar la sabiduría estudiando la Escritura. Sin embargo, la decepción de este primer contacto con la Palabra de Dios, le llevó a incorporarse en Cartago a la secta maniquea, seducido por su oferta de verdad.

El dualismo cosmológico y antropológico del maniqueísmo (espíritu-materia; bien-mal) conlleva la negación de la libertad y la necesidad del pecado. Este fatalismo provoca una conciencia de irresponsabilidad, que experimentó el propio Agustín: “Todavía me parecía a mí que no éramos nosotros los que pecamos, sino que era no sé qué naturaleza extraña la que pecaba en nosotros, por lo que se deleitaba mi soberbia en considerarme exento de culpa...” (*Conf.* 5,10,18). La concepción maniquea de una carne excluida de la salvación, porque es intrínsecamente mala, resulta totalmente extraña a la fe cristiana. En cambio, san Agustín sí pudo compartir con Pablo y con los maniqueos el sentimiento de lejanía de Dios y de peregrinación hacia la patria de la verdadera liberación.

1.3. Reforma

A partir de su encuentro con Cristo Salvador, san Agustín vivió su proceso de conversión como un camino salvífico de con-formación con Él (cf. Gal 4,19). El relato de la conversión del neoplatónico Agustín atribuye a Cristo Mediador una función decisiva. San Agustín descubrió a Cristo como el Camino para encontrar al verdadero Dios y por el que transitar para llegar a una patria, que antes los filósofos ya le habían mostrado. Como en un proceso iniciático, dio el paso de la atracción hacia una figura ejemplar a su aceptación como camino de salvación (cf. *Conf.* 7,18,24). Desde el punto de vista bíblico lo presenta asociando los títulos de Mediador (1Tim 2,5) y Camino (Jn 14,6).

En el libro décimo de las *Confesiones* san Agustín ya no recuerda su de-formidad pasada. Habla del presente. Ya no es el descarriado convertido que ha vuelto al seno de la Iglesia. Ahora es un pastor del pueblo de Dios, el obispo de Hipona. Pero reconoce que sigue en camino de conversión continua. En efecto, inmediatamente después de la bella plegaria *Tarde te amé*, en este libro, el obispo Agustín continúa así su oración: «¡Ay de mí, Señor!, ¡ten misericordia de mí! ¡Ay de mí! (Sal 30,10). He aquí que no oculto mis llagas. Tú eres médico y yo estoy enfermo; Tú eres misericordioso y yo miserable. ¿Acaso no es tentación la vida humana sobre la tierra? [Job 7,19]» (*Conf.* 10,28,39). Y para que nadie vea en su clamor pura retórica, san Agustín describe a continuación largamente y con todo lujo de detalles su lucha cotidiana con las tres concupiscencias: la de la carne, la de los ojos y la “ambición mundana” (cf. 1Jn 2,15-16). Constituyen la pauta de la profunda revisión de vida contenida en la segunda parte de este libro décimo.

1.4. Transformación

La perspectiva de presente domina la experiencia agustiniana de la salvación que describen las *Confesiones*. Apenas se encuentran referencias expresas a la vida eterna como plenitud de la salvación. Sólo tras constatar que no está curado del todo y que sigue combatiendo permanentemente por liberarse de su inclinación al pecado, alude a su anhelo de una vida futura (cf. *Conf.* 10,40,65). Algo ciertamente implícito desde el comienzo de la obra (“Nos hiciste para ti...”).

También al final del libro décimo, después de repetir como una jaculatoria “Dame lo que mandas y manda lo que quieras” (*Conf.* 10,29,40; 10,31,45; 10,37,60), el pastor Agustín se muestra igualmente esperanzado: “Con razón tengo yo gran esperanza en Él [Jesucristo] de que sanarás todas mis dolencias por su medio, porque el que está sentado a tu diestra *‘te suplica por nosotros’* (Rm 8,34); de otro modo desesperaría. Porque muchas y grandes son las dolencias. Sí, muchas y grandes son, aunque es más grande tu medicina” (*Conf.* 10,43,69).

En síntesis, se puede decir que el recorrido por las grandes etapas de la trayectoria vital de san Agustín muestra una evolución en su concepción de la salvación:

- - En su período en la secta maniquea entiende la salvación como un proceso de purificación orientado a la liberación del elemento divino (alma), constitutivo del ser humano, de la prisión del cuerpo, considerado pura «materia». De modo que una salvación está reservada única y exclusivamente a la parte superior o espiritual del ser humano, descartada su corporalidad, naturalmente malvada y por consiguiente no sanable.
- - En una segunda etapa, el abandono de las tesis maniqueas, el progresivo descubrimiento y la adhesión personal a la mediación de Cristo, le introduce en un camino de conversión que transforma radicalmente su percepción de la salvación. Por el don del Espíritu al recibir la gracia bautismal, somos revestidos de Cristo y, abandonado el pecado, renacemos a la vida nueva de la filiación divina. Así nos incorporamos a la Iglesia como miembros de una comunidad de salvación. Es decir, la experiencia de la gracia introduce la perspectiva eclesial y redimensiona la perspectiva escatológica en la comprensión agustiniana de la salvación.

2. Finalmente, a propósito de la reflexión sobre la felicidad y la vida bienaventurada (cf. *Conf.* 10), encontramos también apuntada una visión nueva y más amplia de la noción de salvación en el testimonio del pastor de Hipona. Naturalmente, él subraya la obra redentora del «verdadero Mediador», frente a la realidad del pecado y la necesidad de una continua lucha contra sus consecuencias. Pero la reflexión agustiniana percibe ya una concepción más originaria -previa a la caída- del designio de la salvación que incluye el orden de la creación. Éste responde a la eterna voluntad salvífica universal de Dios desde antes de la creación del mundo y tiene igualmente al Verbo como único Mediador (cf. libros 11-13).

2. Fuentes literarias.

La cuestión de la salvación tiene una presencia constante, directa o indirectamente, en todas las obras de san Agustín, aunque no sea objeto de un tratamiento específico en ninguno de sus escritos. Esta circunstancia supone una doble dificultad:

- a) La necesidad de tener que explorar toda la bibliografía agustiniana para obtener una visión completa de su soteriología.
- b) La insuficiencia de un estudio sólo sectorial porque, siendo el misterio cristiano un misterio de salvación, la soteriología es inseparable de las otras disciplinas teológicas.

En consecuencia, con la conciencia de ofrecer sólo una panorámica, aquí se ha optado por seleccionar los tres contextos literarios principales (homilético, teológico-apologético y polémico) en los que san Agustín expone su concepción de la salvación. A modo de ejemplo, se indican únicamente algunos de los textos u obras más relevantes de cada uno de ellos sobre el tema.

2.1. Contexto homilético

a) *Sermón 198.*

Entre los «nuevos» sermones de san Agustín descubiertos a finales del siglo pasado, para la soteriología agustiniana tiene una importancia fundamental el *Sermón 198* [Dolbeau 26]. Es un texto emblemático, en particular para conocer la teología de san Agustín acerca de la mediación de Cristo. Contiene una larga exposición, que hay que datar en el 404.

Para san Agustín, el razonamiento filosófico puede llegar a conocer a Dios, pero la salvación es imposible al margen de Cristo Mediador. Esto requiere la humildad del encuentro personal con Él. Junto al paganismo filosófico que renuncia a toda mediación salvífica, hay otro tipo de paganismo «religioso» que busca intermediarios para entrar en comunicación con lo divino. Pero se trata de falsas mediaciones idolátricas: prácticas mágicas, astrológicas, sortilegios... Mientras que los falsos mediadores -o “demonios”- se caracterizan por la injusticia y la inmortalidad, lo que caracteriza a Cristo, hecho hombre como Mediador, es lo contrario: su justicia y su mortalidad. Por consiguiente, no tienen nada en común. Por eso, sólo Cristo es el verdadero Mediador que puede curar la enfermedad de la injusticia y liberarnos de la mortalidad propias de la condición humana: «asumiendo la mortalidad y participando de la enfermedad de nuestra pena, nos purifica del pecado y nos libera de la mortalidad» (*Serm. 198, 40*). El fundamento de la mediación es la humildad de la encarnación. Y como hay un único (singular) Mediador (1Tim 2,5), excluidos los mediadores (plural), entonces solo hay un camino de salvación: Cristo.

En definitiva, según san Agustín, los caminos del paganismo y del cristianismo son diametralmente opuestos. El de aquél es ascendente y tiene como raíz el orgullo; el de éste es descendente y tiene por virtud la humildad. Uno es de inspiración demoníaca; el otro tiene como modelo la encarnación de Cristo

b) *Comentario al Salmo 125*

Seguramente la imagen más rica, entre todas las que usa San Agustín para acercarnos al misterio de la redención en sus *Comentarios a los Salmos*, es la del *buen samaritano* (cf. Lc 10,29-37). Cristo es el buen samaritano que socorre a la humanidad caída que ha sido herida por el pecado y la cura. En su explicación san Agustín se refiere a dos «descensos». El primero es el descenso mortal del hombre en el pecado, representado por Adán, que hace un mal uso de su libertad. Su situación es tan grave que la Ley, representada por el sacerdote y el levita (que dan un rodeo y pasan de largo), no puede hacer nada por su salvación. 2) El segundo descenso es el de Cristo que, con su encarnación redentora, como el samaritano de la parábola, se ha aproximado, se ha hecho prójimo del necesitado.

Es muy curiosa la lectura agustiniana de los diversos elementos del relato lucano. Cristo es el guardia protector (*Samaritano*) que se compadece y salva al *viajero asaltado y herido* (la humanidad pecadora). La cabalgadura (*jumento*) es la propia humanidad de Cristo que asume la fragilidad y rescata al sufriente. La *posada* es la Iglesia a modo de servicio de salud, como comunidad que atiende al enfermo durante su convalecencia. El *mesonero* es el apóstol Pablo, el sanitario encargado de cuidar del herido por los *ladrones* (los pecados del hombre). Los *dos denarios* representan el doble mandamiento del amor (a Dios y al prójimo) como mejor tratamiento para recobrar la salud. La conclusión del comentario contiene una exhortación esperanzada a «caer hacia lo alto», es decir, a liberarnos de lo que nos ata a este mundo para ascender por el camino que nos conduce a Dios.

2.2. Contextos teológico y apologético

a) La Trinidad

De Trinitate contiene todo un tratado de soteriología que ofrece una amplia doctrina sobre la encarnación y la mediación salvífica de Cristo, “sacramento y ejemplo” (libro 4) y sobre el sacrificio de la cruz y el significado de Cristo como “ciencia y sabiduría” nuestra (libros 12 y 13).

Especialmente desde *De Trin.* 13,10 el obispo Agustín desarrolla su soteriología del Verbo encarnado. La eterna voluntad salvífica de Dios no encontró otro medio más conveniente para curar la miseria humana y liberarla de la esclavitud del pecado que la encarnación redentora de su Hijo Unigénito. “Si no existiera la enfermedad, no habría necesidad del médico, que en hebreo se denomina *Jesús*, en griego *Soter* y en nuestra lengua *Salvator*” (*De Trin.* 13,10,14). La semejanza divina del ser humano solo puede ser perfectamente restaurada gracias a la obra redentora de Cristo. La misión del Hijo, que culmina en la humillación histórica de la cruz, no sólo revela su origen en la vida eterna de Dios y la vocación divina del ser humano, sino que se ha convertido ya en comienzo de nuestra salvación.

b) La ciudad de Dios

De la plenitud escatológica de la salvación tratan los últimos libros de la *Ciudad de Dios*, la principal obra apologética de nuestro autor. Guiada por Cristo, verdadero y único mediador universal, la ciudad de Dios peregrina hacia su destino definitivo. San Agustín desarrolla ampliamente esta última cuestión desde el libro 19 hasta el final de la obra. No se sabe con seguridad ni cuándo vendrá ni cómo se desarrollará el juicio escatológico, pero sí que el juez será el Cristo glorioso. Ese fin de la historia supondrá una regeneración y una transformación del mundo. Entonces se producirá la separación real de las dos ciudades. Después de referirse al desgraciado final de la terrena (21), el último libro (22) está consagrado a la bienaventuranza eterna de los salvados.

Se ha dicho acertadamente que se puede considerar *la ciudad de Dios* como las “Confesiones del tiempo de san Agustín”: del tiempo de la salvación que tiene como Mediador a Jesucristo, el Verbo encarnado; de la esperanza de la humanidad que sacude el universo y le hace presente su fin; que le salva de todas sus miserias y pecados. Además, en la *Ciudad de Dios* confluyen muchos motivos de obras polémicas precedentes, de las que vamos a tratar a continuación.

2.3. Contexto polémico

a) antimaniqueo: *Réplica a Fausto*

El escrito titulado *Réplica al maniqueo Fausto* (ca. 400-405) del obispo de Hipona, ofrece una interesante aportación a la soteriología agustiniana, por contraste con la de los maniqueos. Seguramente el tono polémico mueve a san Agustín a deformar la presentación del sistema maniqueo en esta cuestión con fines didácticos.

San Agustín reprocha a los maniqueos las contradicciones de su concepción de la salvación. Interpreta que para ellos tanto Cristo como el alma tienen en común la identidad divina. En consecuencia, el mismo Salvador necesita ser salvado. Es decir, Cristo más que ser salvador del hombre, necesita ser salvado por él. Critica también él los dos modos absurdos de llevar a cabo la liberación de la parte divina alojada en la materia, según la concepción maniquea. Primero se refiere a la liberación de la partícula divina de las plantas y semillas en la comida (cf. *Contra Fausto* 2,5); después cuestiona también su ridícula teoría de la liberación del «cuerpo de los demonios» (cf. *Contra Fausto*. 17,7; 20,6,8).

b) antipelagiano: *Carta 177*

De las tres grandes controversias en que se vio envuelto el obispo de Hipona, la más relevante para nuestra materia es indudablemente la polémica antipelagiana. En este contexto, la soteriología agustiniana va de la mano de la antropología teológica, y en particular de la doctrina de la gracia. Para san Agustín, las tesis pelagianas eran inaceptables, ante todo porque conducían a cuestionar la necesidad y la gratuidad de la obra redentora de Cristo.

La *Carta 177* (416), suscrita también por otros obispos africanos, fue dirigida por san Agustín al Papa Inocencio I. Es una fuente de información de primera mano sobre su concepción de la salvación frente a la doctrina pelagiana. Según Pelagio, el hombre puede lograr la salvación por sí mismo con sus propios actos libres. En cuanto a la gracia, él no negaba su existencia ni su papel, pero únicamente como una especie de ayuda —recibida del Creador— para obrar mejor. Contra este planteamiento, san Agustín defiende que no es posible la salvación sin la gracia sanadora de Cristo. La doctrina de Pelagio, según él, banaliza la cruz de Cristo. En ningún caso podemos alcanzar la salvación por nuestros méritos. Tenemos absoluta necesidad de ser salvados.

3. Imágenes de la salvación.

Los Padres de la Iglesia se expresaron con las mismas categorías que la Biblia para hablar de la salvación. Entre las múltiples voces que integran ese lenguaje neotestamentario de la salvación, el primer milenio destacó el registro de la mediación descendente, es decir, la que va de Dios al hombre por Cristo Salvador (“divinización”, “iluminación”, “redención”). En efecto, para san Agustín la salvación tiene un carácter principalmente descendente porque “la obra salvífica de Cristo consiste, sobre todo, en la revelación del amor del Dios humilde” (B. Studer). Un buen ejemplo es el siguiente texto en el que san Agustín reúne varias de las categorías que expresan esa mediación descendente de la salvación:

Nuestro Señor Jesucristo vino al mundo en carne y, después de tomar la forma de esclavo, se hizo obediente hasta la muerte de cruz [Flp 2,7-8]... sólo tuvo la vista puesta en *vivificar, salvar, liberar, redimir e iluminar* a los que antes, bajo la tiranía del demonio, príncipe de los pecadores, estaban encadenados a la muerte del pecado, a la enfermedad, a la esclavitud, a las tinieblas; y de este modo se hizo mediador entre Dios y los hombres... a esta dispensación de Cristo que es obra de su humildad, no pueden pertenecer los que no sienten necesidad de *vida, de salvación, de libertad, de redención, de luz* (*Las consecuencias y el perdón de los pecados*. 1,26,39).

Además de la noción de «divinización» o «deificación», predominante en la patrística oriental, san Agustín usa también en bastantes textos el tema de la «iluminación» y, por supuesto, considera abundantemente la categoría fundamental de la «redención».

3.1. *Divinización*

No hay muchas referencias al vocabulario de la divinización en los escritos de san Agustín. No obstante, los testimonios existentes indican que esta categoría soteriológica no sólo no está ausente de la antropología y teología agustinianas, sino que tiene un inconfundible carácter cristocéntrico.

Dios quiere hacer dios al ser humano, ciertamente no por naturaleza sino por adopción (cf. *Serm.* 166,4). Entre otras obras (cf. *Comentario a los Salmos* 49,2; 117,11), es un tema que aparece expresamente en uno de los sermones de Navidad de san Agustín, el *Sermón* 192,1. La enseñanza agustiniana sobre la divinización del hombre presenta los siguientes rasgos característicos:

- a) Tiene un imprescindible fundamento bíblico. Frente al pensamiento neoplatónico, para san Agustín la participación en la vida divina solamente es posible por iniciativa de Dios mismo; nunca como una conquista humana.
- b) Requiere la mediación de Cristo. Aquí Agustín comparte la idea de la «participación» en Dios de los padres orientales (san Ireneo y san Atanasio).
- c) Pone de relieve el paralelismo entre divinización y justificación: Cristo, que ha obtenido nuestra justificación, es también quien nos diviniza. En esto san Agustín sigue fielmente a Pablo.
- d) Destaca la dimensión comunitaria y escatológica de nuestra divinización: la elevación a la filiación adoptiva no atañe solamente a los individuos, sino a toda la Iglesia, y sólo se alcanzará en plenitud en la vida futura.

En efecto, para san Agustín la vida eterna consiste en el gozo eterno de Dios y la salvación es “gozar de Dios y gozar juntos de Dios” (*Ciu. Dei.* 19,13). El *Sermón* 23B va a insistir precisamente en este aspecto comunitario de la divinización. En este sermón, el pastor de Hipona expone ampliamente el tema. Comienza con una densa catequesis que presenta su dinámica: “Dios quiere no sólo vivificarnos, sino también deificarnos”; no solo lo ha prometido, sino que es verdad: “vamos a ser

dioses". Afirma san Agustín que nadie debe sorprenderse de ello, porque es todavía más increíble que Dios se hiciera hombre. En efecto, se ha producido el *maravilloso intercambio*. Él lo expresa repitiendo la fórmula tradicional: "el Hijo de Dios se ha hecho hijo de hombre para hacer hijos de Dios a los hijos de los hombres"; "el hacedor del hombre se ha hecho hombre, para que el hombre fuese hecho receptor de Dios". Dios ha prometido hacer de los seres humanos "dioses no por naturaleza, sino por adopción, por gracia". San Agustín proclama que el verdadero Dios no sólo es el único Dios, sino también el auténtico Dios divinizador, "hacedor de dioses". Toda su argumentación tiene como objetivo condenar la idolatría. Únicamente Dios salva, sólo Él puede divinizar; cuando lo hace el hombre se construyen ídolos que no pueden salvar. Después, san Agustín vuelve a retomar el tema, previniendo contra los lujos pasajeros, para recordar que la aspiración a "ser recreados" finalmente por Dios supone, en esta vida mortal, un camino de esfuerzo y lucha.

Como pone de manifiesto el sermón comentado, san Agustín no expone el tema de la divinización del hombre como un ejercicio de especulación teológica, sino que lo trata más bien con la clara intención pastoral de subrayar la dignidad del ser humano como *imagen de Dios*, una criatura, pero con una vocación sobrenatural.

3.2. Iluminación

La concepción de la salvación como conocimiento ("*gnosis*") está muy viva en los Padres de la Iglesia de los ss. II y III, sobre todo en los orientales. Algunos estudios presentan también a San Agustín como representante de un "modelo sapiencial" que privilegia esta categoría de la salvación, para mostrar a Cristo como auto-revelación de Dios.

Efectivamente, sólo quien es "Luz de Luz" puede iluminarnos. En el «*resplandor de la luz eterna*» (Sab 7,26) descubre san Agustín -siguiendo fielmente el tenor del credo niceno- la manifestación del Verbo de Dios, de la misma naturaleza del Padre. Cristo ha venido a traernos la Luz del Padre. Ha sanado nuestras pupilas cegadas por el opaco velo de la culpa. Su comunidad de naturaleza con nosotros según la carne, lo ha hecho solidario de nuestra condición e intercesor nuestro ante Dios. Después de aludir a la iluminación "natural" que el ser humano ha recibido de Dios por creación, comentando el Prólogo de san Juan, san Agustín se expresa así sobre la salvación como iluminación: «es participar del Verbo, es decir, de esta vida que es luz de los hombres» que nos purifica de "la inmundicia del pecado" (*De Trin.* 4,1,3-4,2,4).

En su predicación el obispo de Hipona exhorta a sus fieles a amar a Cristo y a desear la Luz que es Cristo. Lo hace comentando el pasaje lucano de la curación del ciego del camino (cf. Lc 18,35-43). He aquí un texto agustiniano que explica la "verdadera salvación por la gnosis", distinguiendo de nuevo la doble iluminación divina (creadora y sanante): "¿Qué quieres que te haga?". Le contestó. "Señor, que vea. Recobra tu vista, tu fe te ha salvado" [Lc 18,41-42]. Amad a Cristo, desead la luz que es Cristo. Si aquél deseó la luz corporal, ¡cuánto más debéis desear vosotros la luz del corazón!" (*Serm.* 349,5).

El obispo de Hipona desarrolla ampliamente esta temática de la iluminación salvadora con su doctrina del «maestro interior». Para el predicador Agustín las palabras del maestro humano, que

hace sonar su voz fuera de nosotros, no poseen una eficacia iluminadora directa; su función consiste más bien en encender una luz interior de verdad, cuya alma está constituida por Cristo, Sabiduría de Dios (cf. *Sermón* 102,2).

3.3. Redención

Históricamente la noción de Redención ha sido la categoría privilegiada para explicar la totalidad de la salvación. Se trata de una imagen bíblica que está omnipresente en las fórmulas de fe, teniendo un papel preponderante también en el plano litúrgico.

El antiguo derecho hebreo conocía la figura del “Redentor” (*Go’el*). Era el pariente más próximo sobre el que recaía el deber de defender el patrimonio y los derechos familiares: proteger a quien enviudaba, liberar al familiar que había sido hecho esclavo pagando un rescate o, incluso, vengar su muerte violenta. La primera teología de la redención se encuentra ya en Isaías, asociada a la expectativa mesiánica (cf. Is 41,14). En el NT, san Pablo va a subrayar, sobre todo, la dimensión cristológica de nuestra redención (cf. Gal 5,1).

San Agustín va a acoger la tipología paulina del Segundo Adán para presentar la obra redentora de Cristo: «redima de la muerte a los muertos, mantenga la vida en la muerte, dé muerte a la muerte con la muerte» (*Serm.* 165,9). Pero la obra de la Redención tiene su culminación en la Resurrección de Jesús de entre los muertos, desenlace del misterio pascual. Predicando en la fiesta de la Ascensión, san Agustín da fe de la voluntad de Cristo glorioso de reunir en el cielo a aquellos por quienes entregó su vida en la cruz (cf. *Serm.* 263,1 [Guelf. 21]). Libremente, con su muerte en la cruz y su gloriosa resurrección, Cristo ha obtenido nuestra redención. Desde la perspectiva de la salvación, cruz y resurrección son inseparables. Como en la tradición joánica, también para san Agustín, más allá de las apariencias, la cruz misma muestra ya la gloria del Resucitado. Nuestra redención es la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte.

4. Dos nombres del Salvador.

Para expresar la función de Cristo en la obra de la salvación san Agustín le aplica una gran variedad de títulos. La mayoría tienen un inconfundible origen bíblico: “*Salvator*”, “*Mediator*”, “*Redemptor*”, “*Secundus Adam*”, “*Sacerdos*”.... También hay otros que, igualmente inspirados en la Sagrada Escritura, sin embargo, son resultado de una cierta elaboración teológica: “*Mercator*”, “*Medicus*”, “*Liberator*”. Aquí se tratan sólo los dos últimos títulos porque, probablemente, son los que resumen de un modo más preciso y sugerente lo que representa la persona del Salvador para san Agustín.

4.1. Médico

A menudo, san Agustín aplica a Cristo el título de “Médico”. Para él la expresión “Cristo médico” no es solamente un fecundo enunciado teológico inspirado en la Biblia y ya presente en la tradición patristica; él la convierte en una profunda oración personal. En *Confesiones* 10,3,4, él invoca a Dios como “Médico de mi intimidad”. Si la preocupación por la salud del cuerpo es tan importante para san Agustín, todavía presta una atención mayor por la salud interior del alma. “Dile a mi alma, yo soy tu salvación” (Sal 35,3; *Conf.* 1,5,5). Él habla de la mano sanadora de Cristo médico: “He aquí

que no oculto mis llagas. Tú eres el médico y yo estoy enfermo; Tú eres misericordioso, y yo miserable» (*Conf.* 10,28,39). “No oculto mis llagas”, reza el obispo Agustín. Este es el primer paso hacia la curación: el propio reconocimiento de la necesidad de ser curado.

Cristo es el “*Médico humilde*”. De la mediación sanadora de Cristo en la obra de la salvación, san Agustín destaca particularmente su humildad: la de un Dios hecho hombre y la del Crucificado (cf. *Flp* 2,6- 11).

a) La humildad de la encarnación

Para subrayar el valor redentor de la *kénosis* de Cristo frente a la doctrina maniquea -que negaba que Dios se hubiera hecho realmente hombre en Cristo-, san Agustín presenta la humanidad del Hijo de Dios como verdadera medicina que cura nuestras enfermedades, sobre todo, el orgullo (cf. *El combate cristiano* 11,12). Por otra parte, frente a la doctrina pelagiana -que sobrevaloraba los propios remedios-, él va a insistir en la absoluta necesidad del Médico divino para curar la enfermedad que padece todo el género humano, heredada como consecuencia del pecado de Adán. La economía de la salvación es explicada por Agustín como una especie de «programa de salud» de Dios para la humanidad, en el que Cristo es a la vez el médico, la medicina y la salud misma.

Para curar a un enfermo grave tuvo que venir un gran especialista: “Si vino del cielo el gran Médico es que un gran enfermo yacía en todo el orbe de la tierra. Ese enfermo es el género humano” (*Serm.* 175,1). La encarnación es la medicina de Dios para la humanidad. ¿Cuál era esa grave dolencia que aquejaba a la humanidad? Según san Agustín, el Médico celestial vino a curar la soberbia, “causa de todas las enfermedades” (*Comentario al evangelio de san Juan* 25,16), raíz de todo pecado. La soberbia es también la peor enfermedad porque es la de quienes se resisten a reconocer su dolencia: “estaban enfermando y creían estar sanos” (*Serm.* 175,1). Cristo Médico cura la soberbia desobediente del hombre por medio de su obediencia humilde (cf. *Comentario al Salmo* 18,2,15).

Como se ha señalado antes, el buen samaritano es la imagen preferida por san Agustín para describir a Cristo Médico y su obra salvadora (cf. *Comentario al Salmo* 30 II,1,8; 125,15).

b) La humillación de la cruz

Cristo médico no sólo ha venido a nuestra propia casa a traernos la curación personalmente, sino que se ha convertido también Él mismo en medicina, entregando la vida por nuestra salud. De su sangre ha hecho la medicina que cura (cf. *Serm.* 174,6). San Agustín distingue dos tipos de enfermos: los que reconocen su enfermedad y los que no. Cristo ha venido a sanar a todos, pero la curación de los últimos, que «por la fiebre perdieron la cabeza» (*Serm.* 175,2), ha sido mucho más costosa (cf. *Serm* 80,4).

Cristo crucificado se ha convertido en el “médico total” que cura nuestras llagas. Sólo Él cura nuestras heridas mortales. “¿Murió Él o, más bien, con Él murió la muerte? ¿Qué muerte es ésta que da muerte a la muerte misma?” (*Comentario al evangelio de san Juan.* 3,3). La paradoja de la

muerte que mata la muerte no es una licencia retórica. Con ella san Agustín expresa el significado último de la obra de la redención. En la cruz Jesucristo aparece como el Médico compasivo que nos salva, cargando sobre sí mismo con el peso de todas nuestras dolencias (cf. *Serm.* 279,3). La revelación de la infinita misericordia de Dios en la cruz de Jesús es un aspecto fundamental para poder reconocer el alcance universal de la redención. Nadie queda excluido. El obispo de Hipona subraya con insistencia que para este médico divino no hay ninguna enfermedad incurable (cf. *Serm.* 335c,10), ningún pecado imperdonable (cf. *Serm.* 97a,1-2).

4.2. Liberador

En uno de sus escritos el agustino flamenco T. van Bavel (1923- 2007) se preguntaba si se podría considerar a san Agustín un “teólogo de la liberación”. Y a propósito citaba el parecer de un destacado patrólogo brasileño en el sentido de que la teología de la liberación estaría “en la línea de la más genuina inspiración de Agustín que fue la línea de la Iglesia antigua y que a su vez era la del mismo Jesús de Nazaret”. En el vocabulario agustiniano redención y liberación son términos prácticamente sinónimos. San Agustín afirma que «no alcanzaría la liberación del género humano si la Palabra de Dios no se hubiera dignado ser humana» (*Serm.* 174,1). Comentando el segundo artículo del Credo, san Agustín explica que los diversos títulos cristológicos descubren que “nuestro Señor Jesucristo, en quien creemos, es nuestro Liberador y nuestro Guía” (*La fe y el símbolo* 2,3). En la *Ciudad de Dios* presenta a Cristo como “Camino universal de la liberación” (*Civ. Dei* 10,32,1-2).

a) Cristo libera nuestra libertad

La obra salvífica de Cristo aparece caracterizada como una acción liberadora en muchos textos agustinianos. En varios sermones de Navidad, el obispo de Hipona proclama que sin la encarnación del «Liberador» nunca habríamos obtenido nuestra salvación (*Serm* 184; 185,1-2). En el contexto de lo que hoy llamaríamos primera evangelización, repasando diversos episodios de la historia sagrada, san Agustín evoca el anuncio de la venida del Mesías y también le aplica a Cristo con insistencia el título de Liberador (cf. *La catequesis a los principiantes* 21,38,14).

San Agustín distingue claramente entre libertad («*libertas*») y libre albedrío o facultad de elección u opción (“*libero arbitrio*”). Apartándose de Dios por el pecado, según él, el ser humano perdió, de hecho, la libertad, pero no el libre albedrío -sin el cual dejaría de ser hombre-. A causa de ello, vive «desorientado», sin rumbo, herido, sin poder querer ya el bien de modo permanente. No puede reparar esa situación por sus propios medios. San Agustín da testimonio de la división interna del hombre pecador (cf. *Conf.* 8,5,10) -descrita magníficamente en *Rm* 7,14-23- y confiesa haber sido liberado de esas cadenas por Cristo.

La gracia de Cristo «libera nuestra libertad» para el bien. El ser humano es tanto más libre cuanto más liberado, es decir, cuanto más dócil a la gracia. Esta intuición agustiniana se inspira en *Jn* 8,36. San Agustín concluye su pensamiento con esta sorprendente paradoja: “*Serás libre si te haces esclavo; libre del pecado, esclavo de la justicia*” (*Comentario al evangelio de san Juan* 41,8). Es decir, según san Agustín, la gracia de Dios no triunfa contra la libertad humana, sino contra la inclinación al mal -“concupiscencia”- nacida del pecado.

Nadie puede salvarse a sí mismo. Solamente Dios salva y sólo podemos esperar de Dios nuestra liberación. Por eso san Agustín invita a recelar de los mesianismos humanos: “Te promete liberarte el que ha de ser liberado contigo y te alborozas como de algún gran socorro; te lo promete el Liberador, que no necesita de liberador, y lo tienes por fábula...” (*Comentario a los Salmos* 145,9).

Como la primera Creación, la construcción de la Ciudad de Dios será también obra de Dios. Sin embargo, ahora no sólo no excluye, sino que exige la colaboración humana: “El que te hizo sin ti, no te justifica sin ti. El que te creó sin que tú lo supieras, Él te justificará si tú lo quieres” (*Serm.* 169,13). El plan divino de la salvación no puede prescindir de Cristo liberador y del papel liberador del ser humano.

Sobre todo en sus *Cartas*, san Agustín da testimonio de que pertenece a la salvación traída por Cristo el curar no solamente la libertad interior de la persona, sino también transformar por medio de las libertades humanas recuperadas el orden mismo de la sociedad. A pesar de que esa transformación de la ciudad terrena permanece como una tarea inacabada, siempre será un signo anticipador inequívoco de la ciudad de Dios. En este sentido, se puede afirmar que la opción por los pobres representa para él un “*locus soteriologicus*”.

b) Liberador histórico y escatológico

Sin disminuir la responsabilidad individual, para San Agustín -como para el NT- es la comunidad eclesial, Cuerpo de Cristo, la mediación histórica de la salvación. El proyecto inicial del Agustín de los *Soliloquios* -Dios y el alma solamente- resulta muy extraño y alejado del programa del pastor de Hipona, años después de su conversión. Entonces su preocupación constante ya no será su propia salvación personal, sino la Iglesia: “nada busco fuera de vuestra salvación” (*Serm.* 137,14). Refiriéndose a su fidelidad al ministerio de la palabra, San Agustín llega a confesar que él no quiere salvarse en solitario (cf. *Serm.* 17,2).

Cuenta san Posidio que, imitando a su maestro san Ambrosio, también san Agustín hizo fundir los vasos sagrados de la Iglesia de Hipona para rescatar algunos prisioneros hechos por los bereberes. Refiere también que, aunque el gesto fue mal acogido e incluso censurado por la gente, san Agustín «dijo y escribió que era un deber hacerlo en semejantes necesidades» (*Vida de san Agustín* 24). Dos años antes de su muerte, él escribió a su entrañable amigo y colega san Alipio -que se encontraba de viaje en Italia- pidiéndole que se dirigiera al propio emperador para que fuera aplicada y reforzada la legislación criminal contra el rapto, la venta de personas y los tratos crueles a los esclavos (cf. *Carta* 10*,2-8).

A partir del testimonio de los escritos que conocemos, parece bastante claro que para san Agustín la idea de salvación tiene una inconfundible dimensión histórica. En continuidad con toda la tradición patristica, su pensamiento social, más allá de los principios de la ética, está firmemente anclado en fundamentos bíblicos y teológicos. Él asumió no sólo en su enseñanza, sino también en su propia labor pastoral el compromiso de la Iglesia con los pobres de su tiempo. Precisamente las circunstancias sociopolíticas le llevaron a desplegar una ardua actividad de carácter público en defensa de los derechos y libertades de los más vulnerables. El obispo Agustín -como tantos otros

santos pastores antes y después de él- se metió en política. No ejerció como político, pero sí fue un «activista» en cuestiones temporales (sociales, económicas, políticas) ... siempre como pastor.

En *La Ciudad de Dios* san Agustín destaca los aspectos universal y escatológico de la obra liberadora de Cristo. Señalando la universalidad de esa liberación dice que fuera de Él, “nadie se liberó, nadie se libera, nadie se liberará” (*Civ. Dei* 10,32,2). Por otra parte, para san Agustín, las liberaciones históricas hacen ya presente en Cristo la salvación que sólo se consumará al final de los tiempos.

En definitiva, la salvación final, no es ni un tiempo sin tiempo, ni un lugar más allá de todo, sino la persona misma del Salvador. En efecto, con Jesucristo el tiempo final ha irrumpido ya en la historia. Salvados en la esperanza anhelamos la llegada del “octavo día eterno” para “descansar, ver, amar y alabar” (*Civ. Dei* 22,30,5) como comunidad de salvados en la ciudad de Dios. Entonces descansaremos en Dios y... también Dios descansará en nosotros (cf. *Conf.* 13,36,51): “Como se dice rectamente que Dios actúa cuando obramos nosotros con su gracia, así también se puede decir rectamente que Él descansa cuando por don suyo descansamos” (*Comentario literal al Génesis* 4,9,16).

5. Conclusiones.

Sacar la noción de salvación de la oscuridad conceptual en que hoy parece seguir inmersa requiere aclarar algunos puntos. En concreto: a) el *agente*: si nos salvamos nosotros (auto-salvación) o tenemos que ser salvados (hetero-salvación) y, en este caso, la *naturaleza* (humana o divina) del salvador; b) el *beneficiario*: si accedemos la salvación individualmente o como miembros de un grupo; c) el *destinatario*: si sólo está reservada a un grupo selecto o tiene un alcance universal; d) el *acontecimiento*: si tiene lugar en este mundo (inmanencia) o fuera de la historia (trascendencia).

El papa Francisco nos ha alertado sobre dos tendencias actuales distorsionadoras de la concepción cristiana de la salvación (cf. EG 94). Por un lado, el neo-pelagianismo que presenta a un ser humano radicalmente autónomo capaz de salvarse a sí mismo por sus propios medios, desconociendo su dependencia de Dios y de los demás. Por otro, el neo-gnosticismo que pretende una salvación puramente interior, consistente en acceder por la sola razón a la unión con Dios, despreciando las relaciones con los demás y con el mundo. Ambas visiones no sólo actualizan esas antiguas herejías de los orígenes del cristianismo, a las que replicó san Agustín con sus escritos, sino que, en último término, reeditan las perennes tentaciones del fariseísmo legalista -“pelagiano”- y del espiritualismo desencarnado -“gnóstico”-.

Después de este recorrido por los principales temas de la soteriología agustiniana podemos extraer las siguientes conclusiones:

1. *La salvación cristiana es hetero-salvación.* San Agustín nos enseña que el ser humano no puede salvarse a sí mismo. Necesita ser salvado. Necesita al Salvador. El doctor de la gracia lo subraya, de modo particular, contra la doctrina pelagiana.
2. *Cristo es el único mediador de la salvación.* En cuanto a la naturaleza del Salvador, siguiendo la Escritura (1Tim 2,5), para san Agustín sólo el Verbo encarnado nos trae la salvación. Lo pone de relieve, sobre todo, frente a los falsos intermediarios divinos (neoplatonismo).

3. *Nos salvamos como miembros de una comunidad de salvación.* Para san Agustín, la salvación tiene esta dimensión comunitaria, eclesial: la Iglesia es la comunidad de salvación. No somos salvados aisladamente. Ciertamente no salva la sola pertenencia formal a la Iglesia y hay una responsabilidad personal en la propia salvación. Sin embargo, este aspecto comunitario es fundamental.
4. *La salvación tiene un alcance universal y cósmico.* Incluye a toda la humanidad y a la creación entera. Por consiguiente, no está reservada anticipadamente solamente a algunas criaturas. En todo caso, los únicos elegidos -los “primeros” según el evangelio- son los pobres.
5. *La plenitud escatológica de la salvación.* La encarnación redentora de Cristo nos ha traído la salud integral, curando nuestro pecado y gozamos ya de una libertad liberada, que nos permite obrar el bien. Pero, solamente después de esta vida, liberados del poder de la muerte, alcanzaremos la paz del octavo día. En esa esperanza, según san Agustín, absolutamente nadie está, en principio, privado de participar de la eterna ciudad de Dios.

SOBRE EL AUTOR

Ramón Sala nace en Bilbao (España) en 1963. Licenciado en derecho por la Universidad de Deusto, ingresa en la Orden de San Agustín en 1986. Cursa estudios de Filosofía y Teología en el Estudio Teológico Agustiniiano de Valladolid, en el Instituto Patrístico “Augustinianum” de Roma y en la Pontificia Universidad Gregoriana, donde obtiene el Doctorado en Teología (1998). Ordenado presbítero en 1994. Profesor de teología sistemática en el Estudio teológico Agustiniiano de Valladolid desde 1996 y en la Universidad Teológica de América Central “Monseñor Romero” de San José de Costa Rica (2015-2020). Tiene varias publicaciones sobre temas agustinianos en artículos de revista, colecciones y obras de colaboración.